

«VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÁIS CANSADOS Y AGOBIADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ» (Mt 11,28)

Àngela Ferrà Pomar

Si nos propusiéramos vivir de verdad estas palabras, ¡cuánto cambiaría nuestra vida! ¡Cuánto cambiaría en ti todo lo que vives y la forma que le das a cada cosa que vives!

Cada uno tenemos nuestra propia vida, nuestras alegrías, preocupaciones, anhelos, prioridades, amistades, situaciones familiares, y con ello vamos caminando cada día. A veces hay momentos en que todo parece tener sentido, mientras que en otros, todo carece de valor..., y cuesta entender tantas cosas, Señor, que no acabo de comprender cómo enderezar una vida para hacerla más tuya, Señor, más auténtica. Contigo todo es más llevadero, todo. Toda una vida desde ti se lleva con otra óptica. Es, como cuando escalas una montaña, cuesta caminar, ese pedrusco, ese sendero que se hace de cada vez más largo, pero a medida que vas alcanzando la cima, todo parece ser más limpio, más puro, más auténtico, y en el último tramo parece desaparecer el cansancio y todo empieza a recobrar vida, y en ese caminar te vas percatando de que toda tu vida tiene sentido desde Dios, solo contigo, Señor, solo contigo.

Escoger la dirección de la propia vida depende de ti mismo, de ti misma. Dios te da plena libertad, nunca te obligará a seguirlo, pero nunca se cansará de invitarte a seguirlo para que tu vida sea plenamente feliz. El capitán de nuestro barco, de nuestra vida, es Dios, y como todo capitán conoce bien la ruta, la nave, y sabe bien cómo dirigir a sus marineros.

Conoce el mar, las profundidades, las tempestades que se avecinan y cómo combatirlas, conoce bien la ráfaga del viento, nada le es ajeno ni le asusta. Conoce tu corazón, las tempestades que hay en él, las ráfagas de viento que atormentan a veces tu alma, pero no se asusta como buen capitán, lo único que te pide es que te fíes de él. La pregunta es: «¿Te fías tú?» Si decides escoger la buena ruta de tu vida, conocerte más a ti mismo, a ti misma, analizar la realidad que te rodea y escoger los medios necesarios, no naufragarás.

Podemos leer en Proverbios: «Entonces irás seguro por el camino y tu pie no tropezará» (Prov 3,23).

La vida es puro don de Dios, todo un regalo de Dios para vivirla plenamente, con valentía y con ilusión. Cierto que por momentos aparece el desánimo, la cruda realidad que nos atormenta, el trabajo que estoy haciendo, los problemas de familia, tantas cosas que por momentos creo que me impiden ser feliz. Agradecer a Dios cada día de nuestra vida, levantarse con ganas de luchar, de aprender, de vivir. ¡Cuánta grandeza y sorpresa nos trae cada nuevo día! Sería de necios, de inconscientes, no percatarse que el día puede traer también un sin-sentido, una pena, una desgracia, una desilusión, un sin-sentido, pero que a los ojos de Dios todo recobra su verdadero sentido.

Hoy, te invito a que vivas tu realidad con una mentalidad más abierta, más amplia, con una mirada que va más allá de lo humano y que hará de todo cuanto vives, una realidad distinta, confiada, y con una mirada, insisto, que te invita a volar hacia lo más alto, a planear, a navegar más allá de lo cotidiano, de lo que te toca vivir cada día, porque precisamente desde ese día a día es desde donde podrás entender la realidad que te toca vivir.

Lo importante en la vida no es lo que nos ocurre, sino cómo gestionamos aquello que nos ocurre, las cosas que nos pasan. Cómo encajo en mi vida la partida de un ser querido, cómo asimilo aquella decepción de aquella persona que me ha decepcionado, cómo, cómo.

Todo cuanto Dios permite en nuestra vida es por algo. No creo en la casualidad, creo en la Providencia. Dios no quiere el mal, pero lo permite para un bien mayor, qué difícil de entender esto que, por momentos, realmente cuesta. Dios nos da la libertad, nos hace libres, una libertad que no tiene precio ni fecha de caducidad. ¡Qué regalo tan precioso!

Estamos llamados a la vida eterna, no podemos vivir con miedo, sí ser prudentes, pero no vivir con miedo... ¿Tristeza? No gracias, mi vida no está llamada a la tristeza, sino a la alegría de saberme hijo, hija de Dios, ¡qué palabras tan grandes para ser tomadas a la ligera! Tomemos conciencia de lo que ello significa, de que por el bautismo estoy llamado a ser cristiano, con la mirada puesta en Dios, hacia la eternidad, hacia una vida que ya nunca caducará, es la eternidad, es vivir ya en el amor eterno junto a Dios. Por el bautismo muero al pecado, y todo cuanto me lleve al pecado deberá ser desechado de mi vida, porque me impedirá vivir mi vocación como cristiano, como verdadero hijo de Dios. Por eso son tan importantes los sacramentos, pilares en nuestra vida desde que nacemos hasta nuestro último aliento. Cuánta necesidad tiene nuestra vida de ellos, y cuántas veces los rebajamos, por prisas, por el qué dirán..., una gran pena y pérdida de tiempo aferrarnos a una realidad que no esté impregnada por los sacramentos. De todos ellos el culmen es la Eucaristía, es la fuente de todos ellos. En la Eucaristía diaria Dios se hace hombre y en ella recordamos la muerte y Resurrección de Jesús, en ella Dios viene a nosotros y en ese gran mo-

mento que es la misa nos acompañan los ángeles, todos los santos, y la Virgen María, qué gran gozo vivir este momento. Qué gran gozo ofrecer la Eucaristía por las almas de nuestros familiares y amigos difuntos, qué gran gozo poder ofrecer la Misa por las almas del Purgatorio, cuánta necesidad tienen ellas de nuestras oraciones, pues ya no pueden rezar por sí mismas pero sí lo podemos hacer cada uno de nosotros por las almas del Purgatorio, pedir indulgencia plenaria cada día por una de ellas, ¡qué gran capitalazo tenemos en nuestras manos!

Qué importantes, pues, los sacramentos. Nacemos y ya tenemos la oportunidad de formar parte de la familia de Dios mediante el Bautismo, incorporados a Dios por el Bautismo, qué maravilla. Y seguimos creciendo, y se nos da la oportunidad de recibir el sacramento de la confesión, confesar nuestros pecados a Dios y de ser perdonados. Hay quien te dirá..., me confieso directamente con Dios, no hagas caso, es el sacerdote quien en nombre de Dios te perdona tus pecados, por eso la importancia de acudir al sacerdote. ¡Qué maravilla después de una buena confesión sentirte liberado del peso que te oprimía! No descuides la confesión, es importante cuidar este sacramento olvidado a veces.

Cuidar el sacramento de la Confirmación, confirmar tu fe en Dios, esto es para valientes, no lo hace cualquiera. Confirmar tu fe en un Dios que sabes que te ama y que ha dado la vida porque te quiere, y te quiere feliz, ¡no con cara de pasas! Un cristiano con cara de funeral es un triste cristiano, no contagia ni anima en la fe.

Cuidar el sacramento del Sacerdocio, del Matrimonio. Es la propia vocación. Cada uno se siente llamado a una vocación, al realizarnos en ella, nuestra propia vida adquiere un sen-

tido de plenitud, es descubrir la propia vocación, discernir a qué estado de vida me llama Dios. Si Dios te llama a una vida de sacerdocio, de vida consagrada, de vida religiosa no tengas miedo, ponte ante Dios y pregúntale qué quiere de ti el Señor, y en oración Él te lo dará a conocer, sé constante y asiduo en la oración, en el desierto del corazón es donde mejor se le escucha. Si Dios te llama a una vida de matrimonio donde Dios también tenga cabida, es una vocación que valdrá la pena. Cuidar la vida de fe en el matrimonio, rezando juntos y creciendo en la fe juntos y así educar a los hijos en el seno de una familia cristiana. Tu vocación es una llamada a la santidad. Nuestro mundo necesita sacerdotes santos, matrimonios santos, cuánta necesidad tiene nuestro mundo de ello.

Cuánta necesidad de familias cristianas tiene nuestro mundo, cuánta necesidad tiene nuestro mundo de cristianos en el mundo de la política, del arte, de la enseñanza, de la medicina, de tantos ámbitos donde su presencia, su voz y su testimonio son tan necesarios.

Cuidar el sacramento de la Eucaristía, ya mencionada antes, el culmen de todos los demás sacramentos. La Eucaristía diaria renueva tu vida de fe, pues cada día recordamos la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. La comunión diaria alimenta nuestra vida espiritual, nos hace fuertes. ¡Cuántos santos han participado y participan cada día de la Misa diaria! Te ayudará a crecer en la fe, a sentirte parte de una comunidad eclesial, y tantas gracias más que es imposible ahora resumir aquí. Ofrecer la misa por nuestros difuntos y por las almas del purgatorio no tiene desperdicio, si supiéramos cuánto bien les hace, saltaríamos de alegría cada día. Cuidar el sacramento de la Unción de Enfermos. Cuánto bien se le hace a un alma que en el momento de una dura enfer-

medad o a punto de morir pueda recibir este sacramento, y qué necios llegamos a ser al pensar que para que no se moleste o no vea la gravedad de lo que le está pasando, le negamos este sacramento. Cómo lo agradece en el fondo quien no tiene capacidad para pedirlo para él mismo, para ella misma, o por lo que pensarán los demás. Y pensando así, nos olvidamos de pensar y de reflexionar el bien que dejamos de hacer a esta persona para que su alma se prepare mejor para ir a Dios. Solo Dios sabe llegar a esta alma por muy pecadora que fuera en vida, pues hasta el último anhelo de la persona es colmado por la misericordia de Dios cuando se es capaz de pedir perdón y arrepentirse. Y, en el atisbo del último aliento, no sabemos qué ocurre entre el alma de esta persona y Dios, cuánta misericordia derrocha Dios en esa alma y la respuesta de ella ante su invitación, el arrepentimiento y el anhelo de ir hacia él. ¿Cómo no favorecer entonces el sacramento de la Unción de los Enfermos? ¿No ha de ayudar pues en este momento tan importante la eficacia del sacramento de la Unción de Enfermos o de la Extremaunción como se le llamaba anteriormente?

La vida es un combate de fe, donde el enemigo es el pecado. La Eucaristía nos ayudará a vencerlo, pues es una buena arma. La roca es Jesucristo.

Todos buscamos la felicidad. Pensamos..., cuando tenga este móvil, seré más feliz..., cuando tenga este coche, seré más feliz, cuando me case, seré más feliz..., y así vamos.

El buen combate de la fe, la verdadera felicidad se da en el Espíritu. El cuerpo es de Dios. Seremos juzgados según la intención del corazón, somos hijos de Dios. Estamos llamados a un camino de salvación, a tener el oído abierto, el oído atento.

El Señor nunca nos va a abandonar, al contrario, nos ayudará siempre para que nos salvemos. Su misericordia nos envuelve y nos sitúa en un camino de salvación. La verdadera felicidad no está en este mundo. «El Señor me ha abierto el oído, y no fui desobediente, ni me volví atrás» (Isaías 50,5). Aquí estoy Señor, pues, para hacer tu voluntad. El Señor hará su obra en tu vida, cree pues, confía en el Señor, no te abandonará, no dudes. Cuántas veces hemos leído estas palabras del Padre Pío: «Reza, Confía y Espera.» Esperar en el Señor dará paz a tu corazón, alegrará tu alma, no te acongojes, confía en Dios.

Escuchar la Palabra del Señor vale la pena, cambia tu vida, es tal cual nos lo cuenta la parábola del Sembrador, que alguna vez hemos leído. Profundicemos una vez más en esta parábola. El sembrador iría por el campo con su bolsa cruzada esparciendo la semilla y la tira por tierra. Abre, pues, tu corazón, deja que el Señor remueva la tierra que hay en ti, tu tierra, abre tu corazón y deja de rebelarte ya contra tu historia..., que si mi suegra, que si mi trabajo, que si mis hijos, que si tal, que si cual... Deja ya de rebelarte contra tu propia historia, deja de juzgarla. Quien escucha la Palabra de Dios ama al Señor con toda su alma, con toda su vida. Ama la obra que Dios va haciendo en ti. Al final de tu vida se te preguntará: ¿Has amado?

La Palabra de Dios centra tu vida, tu día a día. Serás tentado en el desierto por el demonio. Es bueno saber que el demonio existe, no seamos tan inocentes de creer que no existe, ya le va bien a ese que no te lo creas, así tiene más oportunidades de meterte todos los goles que le dé la gana. Pero si tú estás preparado y eres consciente de esta realidad, te irás dando cuenta de que ciertas actitudes no son de Dios, pues verás que no te dan paz a tu alma.

Muchas tentaciones nos hacen perder nuestra ruta, nuestra meta, son las tentaciones de la propia seguridad, de creernos los dioses de nuestra propia vida... Qué necios podemos llegar a ser, y lo que es peor, nos lo creemos de verdad. Solo Dios es el Señor de nuestra vida, y te quiere feliz, contento, pues para eso te ha creado, para que seas feliz. Acepta tu historia y confía. Aceptar tu propia historia es aceptar la injusticia que te están haciendo, el pecado del otro, el problema familiar que estás viviendo en este momento. Lógicamente todo esto angustia, nos hace perder la paz interior, nos rebelamos contra esto, lógico y humano. Esto, es la cruz, tu cruz que ahora estás viviendo. Así lo leemos en Mateo 16,24 : «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga”». Jesús te invita a coger tu propia cruz, cada persona sabe cuál es. El demonio te dirá que cambies tu vida, que para qué cogerla, que no pierdas ya el tiempo y vivas tu vida, que no vale la pena coger tu cruz. El Señor te invitará a cogerla, y ¿sabes lo mejor? Te ayudará a llevarla y a transformar tu propia vida, le dará un sentido porque habrás confiado en Él.

Solo Dios puede darte una vida nueva, y solo lo podrá hacer si tú se lo permites. Él respeta la libertad de cada uno de nosotros, no nos obliga en ningún momento a creer en Él. Solo Él tiene palabras de vida eterna, lo demás es paja, superficial, un *flash* que hoy es y mañana no es. ¿No valdrá pues la pena engancharte a todo un Dios que te quiere hasta el extremo y te invita a llevar una vida nueva? Así como el que va de excursión y es capaz de subir a lo alto de la cima, será capaz de ver desde lo alto la realidad, pero con una visión más completa, más total, más digna.

¡Conviértete ahora! ¡Da el paso, atrévete! No dudes ya más, lánzate sin miedo, pues estás hecho para vivir en la libertad

de los Hijos de Dios, no temas, Dios estará contigo, ha apostado por ti y no te dejará. El demonio intentará tentarte, no puedes ser ingenuo en esto, te rondará, te ofrecerá rebajas, falsas seguridades. No cedas, te repito, ¡no cedas! Los ídolos te alejarán de Dios, te harán perder tiempo, te harán creer que eres débil y que no vale la pena, no cedas, ten fe. No pongas nunca a nada ni a nadie por encima de Dios, acepta la historia que Dios hace contigo. Quien deja a Dios de lado se destruye a sí mismo, a sí misma. Es la desolación interior, la vida rota y sin sentido. Con Dios todo recobra su propio sentido, ¿comprendes?... y al final de tu vida dirás: «¡Ha valido la pena!»

En Mateo 11,29 leemos: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas.» Párate a pensar qué palabras de vida tan ciertas. Preocúpate de las cosas de Dios y Él se preocupará de las tuyas. No es perder el tiempo, es ganarlo, es invertir en tu vida eterna. Cuántas veces hemos oído, y seguiremos oyendo, que creer es perder el tiempo, que hay cosas más urgentes que rezar, que interceder por las almas del Purgatorio no lleva a ningún sitio, que si puedes ir a misa vas y si no puedes o no te apetece o te da pereza, ya irás... Cuántas comodidades se te insinuarán, pero, ¿sabes? Solo encontrarás descanso en el Señor, y te lo repito, solo encontrarás descanso en el Señor. El combate con nuestros ídolos es nuestro combate, y solo se superan a los pies del Señor, y Él te levantará, no lo dudes, Él te levantará. Dejémonos ya de las esclavitudes que hasta ahora han sujetado nuestras vidas, que si esclavo del ordenador, del móvil, de la pornografía, de la televisión, del dinero, de falsas amistades, de..., cada persona ya sabrá de qué es esclava. Jesús viene a tu vida para romper las cadenas que te esclavizan. Y, comprenderás que cada mañana el Amor necesita de tu fidelidad, que cada día el Señor nos

abre el oído.

¡Qué maravilla de Amor!

Poner los pies donde Dios pone su pisada y comprender que cada contratiempo te acerca más a Dios, aceptar la propia debilidad, ya es acto de humildad. María fue mujer humilde, y desde esa humildad es la mejor maestra que podamos tener. A Jesús por María, a María por Jesús.

El primer acto de humildad es aceptar nuestra propia debilidad. En mi debilidad, Señor, Tú me haces fuerte. Somos luces en medio de tanta oscuridad, de tanta tiniebla. La Palabra de Dios ilumina nuestra vida, quitemos los trapos viejos ya de nuestro corazón, limpiemos a fondo todo aquello que todavía no es tuyo, Señor. Vivir descansando en ti, que mi alma repose tranquila en ti, relajarme en ti, Señor, esperar y confiar en ti. Nada tiene que ver eso con ser tontos felices que no se enteran del mundo en el que viven. Se trata de la tranquilidad que da el saberse en manos de Dios y de la Virgen María, nuestra madre. Duermo, pero mi corazón vela.

El Amado llama a tu puerta y oyes su voz. Dios se pone a tu puerta esperando que tú le abras, deseando amarte. El Señor te ha seducido, te ha amado. La novia abre la puerta y ve que el Amado no está. La Amada saldrá en busca de su amado. Atravesamos así el desierto, toda una experiencia de vida que se convertirá en gozo, la alegría de encontrarse cara a cara con Dios. Cuando nos topamos con Dios, no podemos quedarnos ese gozo para nosotros mismos, se tratará pues de compartirlo, compartir la alegría de no saberse solo, sola, de abrazar la propia cruz y seguirle.

Te ayudarán muchísimas armas para no sucumbir, no desanimarte, y aunque algunas las hemos mencionado ya, pasa-

mos a señalar otras sin hacer hincapié en ellas, pero hay que saber al menos que están ahí y que en cualquier momento puedes acercarte a ellas. Lo que tienen es que te ayudarán a llevar una vida espiritual en la que crecerás, madurarás en la fe, y todo te ayudará a ser su testigo. Es importante andar en equilibrio, en una mano la oración diaria, y en otra la acción. No todo sean palabras, ni todo sean obras, sino que la oración te lleve a la acción, y la acción se dé desde la oración diaria. Estamos llamados a la santidad, esa es nuestra verdadera vocación, que desde la oración y la acción estás llamado a evangelizar.

Sabrás que no estás solo en esta empresa, que muchos santos pueden animarte con su estilo de vida. Te ayudará el leer libros sobre ellos y ver alguna película sobre su vida, así como el rosario diario, cada rosa del rosario se eleva a nuestra madre María, las jaculatorias, el acercarse y vivir los sacramentos, el rezar y pedir indulgencia plenaria por las almas del purgatorio en las debidas condiciones que la Iglesia nos señala, ayudar a los más pobres, dedicarles tu tiempo, el rezo del ángelus y tantas devociones a Jesús y a la Virgen propias de cada tiempo. Cuánta riqueza en cada tiempo litúrgico, cuánta grandeza, un buen acompañamiento espiritual celoso de llevar una buena vida espiritual, un buen retiro, buscar la lectura espiritual, y tantos detalles más que te invitarán a sentirte cada día más cerca del Señor.

Dios ilumina, reconforta y me da esperanza en mi tarea de salvarme. No estoy pues solo, Él es mi vida y mi fuerza. El error de base está en que no pensamos que el hombre necesita una visión de la vida a la altura de su grandeza y dignidad.

Rotas están tus ataduras, pagadas tus deudas, tus puertas abiertas de par en par, ya está puesta tu armadura, tu caba-

llo está impaciente y tú ganarás el Reino.

Ir a ti, pues, Señor, que estoy cansado y afligido, que nada da sentido ya a mi vida, que solo en ti descansará mi alma, que sé que Tú solo puedes aliviarme, solo Tú.

Orar, pues. Orar no es lo que nosotros hacemos, sino lo que nos ocurre cuando nos ponemos ante Dios. La semilla es el regalo a punto de germinar y dar fruto, y solo en la profundidad de la buena tierra, la semilla crece. Produce fruto sin que el dueño del campo sepa cómo (Mc 4,3-8.27).

De eso se trata, poner la propia vida delante de Dios, ponerme cara a Dios, con el Dios de la verdad, el Dios atento, cercano, sensible a nuestras lágrimas, fiel, que me hace libre, implicado en mi debilidad y pequeñez humana. Ello no significa en ningún momento despreciar el valor de las otras cosas, alicientes positivos en la vida. Ello significa priorizar valores. No es el fin para el que he sido criado ni el éxito, ni la imagen, ni la salud, ni el aplauso. ¿Y qué entonces si los pierdo por un bien mucho mayor? ¿Y qué? Y qué si la salud se fue, si las fuerzas físicas ya no son como antes, si las cualidades ya no son tan brillantes o reconocidas ya en mi entorno, ¿y qué? Si ya no soy el protagonista de aquella situación o de la otra en donde vivo o trabajo, ¿y qué? Si las torpezas o errores mal perdonados por los demás han provocado que se hable mal de ti y han tirado tu imagen por tierra, ¿y qué? ¡Solo en Dios descansa tu alma! Pedir a Dios que aumente su Presencia en mi vida, no a mi capricho, sino como Él quiera. Gustar la bondad de Dios es sentirse vivo, sentirse confiadamente en sus manos.

Como adultos creyentes estamos llamados a dar un paso más, descubrir que contemplar la vida de Jesús es desear

amarle más y seguirle más. Aquí ya no se trata de cumplir con Dios, sino de quererle y amarle con locura, es empaparse de su estilo, devolverle con gratitud los beneficios que recibimos de Él. Se trata de descubrir lo que Dios ha soñado para mí, y asumirlo gozosa y libremente. Es orar la propia vida.

Es mirar la pasión desde la Resurrección. De eso se trata, de contrastar la propia vida a los ojos de Dios. Es más importante construir personas que destruir enemigos, recuperar a los malvados y a los débiles antes que destrozarnos, salvar al mundo antes que condenarlo. Se necesitan corazones y mentes llenos de vida en Dios. Se trata de encontrar a Dios en todas las cosas, en vivir un brindis permanente. La vida se pasa mejor brindando con Él, sabiendo de su presencia, pues bajo esta luz todos los sucesos cobran nueva vida y la existencia entera, es un inmenso encanto. Es, saberse acompañado de Dios en la propia vida, en las cosas agradables se multiplicará el gozo y en las desagradables se suavizará el sufrimiento. Es agradecer en nuestra vida tanto bien recibido.

En resumen, que Dios en mi vida sea mi Todo, pues en Él dejo todo mi cansancio, todos mis agobios, y solo en Él me sentiré aliviado.